

BASCHINKA.

ESCENAS DE LA VIDA DE LOS JUDIOS EN POLONIA. (1)

I.

Corría el mes de Agosto. La aldea estaba despoblada como si la hubiese azotado el viento de la muerte. Hombres, mujeres, niños que apenas saldrían de la infancia; todos cuantos habitantes habían sido juzgados aptos para el trabajo, fueron echados á los campos, como vil rebaño sin voluntad, para segar las mieses que habían de guardar los hórreos señoriales. Miserables, hambrientos, careciendo, en medio de la abundancia, de lo estrictamente necesario, prestaban el esfuerzo de sus brazos á cambio de un bocado de pan. Tal es la suerte del siervo, á pesar de que representa la riqueza del señor. Su sangre, sus días, sus fuerzas físicas, sus facultades intelectuales; todo lo que debía pertenecerle, es de la propiedad de un extraño á quien está sometido por la ley: puede ser alquilado, vendido ó jugado á los dados como un objeto cualquiera; su vida, en suma, es como la de un gusano bajo el pié que le aplasta, y como el gusano sufre en silencio. Habitado desde la niñez á las privaciones, sacrificios y obediencia pasiva, aterrorizado por las medidas de incesante rigor, el siervo arrastra la carga mientras sus músculos lo permiten.

Los únicos seres humanos que quedaban en la aldea eran ó viejos enfermos ó niños inútiles. Las bajas chozas estaban vacías; sobre sus techos de paja podrida no se elevaba ninguna columna de humo; no se oía un relincho, ni un balido, ni los niños reían; sólo los viejos hablaban sin cesar. Todo se hacía furtiva, tímidamente, bajo la influencia de un temor habitual que alejaba la alegría y había, por decirlo así, suprimido la vida.

Sobre la colina más próxima se levantaba el castillo como una amenaza: era el símbolo del poder absoluto, el nido del águila á quien nada se resiste.

De la altiva colina baja un hombre alto, en traje de caza, llevando en la mano un látigo de una sola

pieza con mango emplomado: dos hermosos lebreles le preceden dando saltos. La poca gente que encuentra á su paso le saluda con reverencia, inclinándose hasta tocar en el suelo: les contesta con una mirada de desprecio y atraviesa lentamente la silenciosa aldea. Al extremo se ve una hermosa casa: las flores que esmaltan la avenida, el canto de los pájaros presos en multitud de jaulas colgadas en los blancos muros, la limpieza y asco del camino que conduce hasta la puerta, el alegre cacareo de las gallinas que escarban la arena del patio, tanto indicio de prosperidad en una palabra, contrastan con la desolacion del resto de la aldea. Este es el albergue donde mora Jacob Aschkenas, un viejo que posee algun dinero y que tiene una hija.... una hija muy linda.

Ante la casa, un hombre cava una zanja... deja la azada, se descubre y se encorva reverentemente.

—¿Está en casa el arrendatario? pregunta el señor del traje de caza.

—No señor.

—Dónde está?

—En el molino de aceite.

—Y Baschinka?

—Está aquí.

El señor entró en la casa, y empujó, sin cumplimiento alguno, la puerta de un cuarto donde la jóven estaba cosiendo. Al ver quien entraba, se levantó medrosa. El señor tiró látigo y sombrero sobre una especie de divan donde se sentó, atrayendo hacia sí una silla para extender sus largas piernas y estar más cómodo; y una vez colocado en posicion tan poco cortés, comenzó á hacer preguntas á la jóven, cuyas mejillas echaban fuego, cuyas manos temblaban: parecía el criminal ante el juez.

—Te he escrito, Baschinka. ¿Has recibido mi billete?

—Sí señor.

—Entonces, ¿por qué no fuiste al castillo?

—A qué?

—Tú dirigirás la casa hasta que vuelva á casarme.

—No soy capaz de regir una casa de tal importancia; además mi padre quedaría solo.

—Y bien, tambien yo estoy solo. Te dispensaré del arreglo doméstico puesto que tanto te asusta; serás señora, si así lo quieres, pero morarás bajo el mismo techo que yo; se me ha puesto en la cabeza, quiero tenerte cerca de mí: oyes? Tu vida será tran-

(1) Del libro titulado *Polnische Juden*, von Leo Herzberg—Fränkel.—Stuttgart, 1878.—Grüninger.

quila; no tendrás el menor disgusto. Pediré vestidos á Moscou, te daré un carruaje, serás servida por mis gentes. Acepta Baschinka; te encontrarás perfectamente.

—No os incomodeis por lo que me atrevo á responderos, pero exijís de mi un pecado..... No lo cometería..... no, jamas. No soy más que una pobre judía ignorante, y vos sois un noble señor á quien debemos obediencia, pero.....

—Cabalmente parece que dudas del deber de obediencia. Mi gran bondad os ha perjudicado á tu padre y á tí. No recordais que cuanto os rodea me pertenece, que puedo echaros de esta casa sin que tengais derecho á llevaros una sola migaja de pan.

—Mi padre no paga el alquiler?

—No faltaría más que no lo pagara: pero pagaría diez veces en lugar de una si las cosas no cambiaran. Los judíos no tienen derecho á vivir en estos parajes; tu padre no puede ser aquí más que un empleado mío, un criado, un siervo á quien podría quitar la última moneda.....

—Mi padre lo conoce, señor, y precisamente ha dicho lo mismo cuando le enseñé vuestra carta.

—Le enseñaste mi carta?

La jóven calló.

—Y habrá fortalecido tu resolucion de rehusar? Responde.

Pero Baschinka se propuso no responder: temía enojar á su padre.

Entónces el señor del traje de caza se levantó y poniéndole una mano sobre la blanca espalda, le dijo con voz más dulce:

—Mira.... comprende bien lo que voy á decirte. Cuando eras aún niña, y ya prometias ser la mujer más bella del país, puse yo en tí mis ojos, pensando en lo que llegarías á ser. Por tu belleza he cedido este albergue á tu padre, y lo he cedido á muy bajo precio; he sido con él tolerante y generoso para que pudiera crearse una posicion desahogada, rodearse de comodidades y que disfrutaras tú de ambas cosas. Es mi deudor de todos modos, como no ignoras. Pues bien: pretendo que seas la recompensa de tantos beneficios como hice, de tantos favores como por largo tiempo os he dispensado. Tu padre me reembolsará de este modo. Que escoja... ó tú... ó su fortuna entera. Ya concibes como os veríais ambos si os dejara caer en la miseria de que os saqué.

Baschinka inclinó la cabeza; comprendía toda la importancia, todo el alcance de aquellas palabras; conocía al hombre que, por desgracia, había puesto sus ojos sobre ella.

--Y bien, repitió el caballero.

--Podeis arruinarnos, suspiró la jóven.

La cólera y la ira por ver contraído su deseo,

acaso por primera vez en la vida, enrojecieron el rostro del señor, cuya estatura pareció dar de sí, cuya naríz se hinchó nerviosa, cuyos lábios palidecieron y temblaron: hubo un instante en que la faz de aquella bestia revelaba que estaba decidida á cebarse en su víctima.

—Os arruinaré en efecto, dijo apretando los dientes. Tiembla.

Ay! la pobre temblaba bastante sin que él la amedrentara más; toda su sangre afluyó al corazon, que parecía saltar del pecho. Mancillada, envilecida si cedía, pisoteada si resistía..... perdida ante Dios ó reducida á la mendicidad.... Qué alternativa! Y su padre! El pobre, ya viejo, cómo lloraría si ella cediera. Huir? Pero dónde? Dónde hallaría en estas regiones del Norte una casa hospitalaria que se abriera al grito desesperado de un judío?

—Tiembla, repitió el señor. Ah! crees que he dejado de ser vuestro amo por que vivís desde hace tiempo sin zozobras, disgustos ni cuidados? Sentireis una vez más mi poder. No puedo mataros, no, pero puedo perseguiros hasta la muerte, quitaros vuestros bienes, echaros de esta casa como perros sarnosos, chuparos gota á gota la sangre de las venas sin que nadie escuche vuestros quejidos. Recurriríais al gobierno? El gobierno no podría hacer nada. Sois judíos y están cerrados los alrededores para todos los de vuestra raza. Osaríais desafiar el poder de las leyes imperiales volviendo á poner el pié en esta aldea?

Baschinka dirigió una mirada de angustia á la ventana. En aquel momento Jacob Aschkenas subía hacia la casa con paso reposado, ignorando la tempestad que se había desencadenado sobre su dicha.

—Mi padre! he ahí á mi padre!

El señor se sobrecogió por espacio de un segundo; después, abriendo con mano firme la puerta de una pieza próxima, dijo á la jóven:

—Entra aquí, no quiero que tu padre te vea.

La jóven entró. En el momento mismo el viejo atravesaba el dintel. Aunque sorprendido y atemorizado de encontrar al buitre en su palomar, Jacob supo disimularlo y se inclinó en silencio.

—Un asunto me trae á tu casa. Siéntate, te lo permito; y entre tanto escucha lo que voy á decirte, sin interrumpirme.

El viejo se sentó temeroso en el divan y el señor comenzó á medir la habitacion á grandes pasos diciéndole:

—Sabes que soy hombre resuelto y que voy derecho á mi objeto sin entrar en rodeos que aborrezco. Qué piensas de tu hija?

—Señor, es una jóven honrada, es la alegría de la casa.

—Es bella como los ángeles.....

—Y pura como ellos, noble señor.

—El que un día la posea será por lo tanto un hombre dichoso?

—Seguramente, si Dios lo permite.

—Pues bien. Estamos de acuerdo. No he encontrado nunca mujer más encantadora que tu hija y he pensado que en la soledad, frecuentemente triste, de mi castillo, una criatura amable, viva y alegre sería para mí mejor distracción que el juego, la caza ó los festines. No crees lo mismo?

—Señor, no soy más que un pobre viejo....

—Tienes razón, no puedes juzgar el caso. Tus sentidos están embotados desde hace tiempo; además sois tan timoratos, sois judíos!... Un Dios, una ley, una mujer, esto os basta.... Escucha todavía. He venido á hacer contigo un contrato. Cuando la miseria te obligó á salir de tu país natal y viniste á llamar á la puerta de mi castillo, no tenías más que una mujer enferma y una niña fresca y hermosa, que prometía tanto como una flor en capullo. Distes sepultura á tu mujer en terreno mío, anhelaste vivir cerca de su tumba, y te he permitido sembrar y recoger fruto en mis campos, y habitar en esta casa que es mía: te he prestado una protección generosa y amplia, y tu hija ha crecido bajo mi amparo con el bienestar que produce el sol de mi gracia.

—Señor, no estais....

—Cállate.... Decía que me estás obligado. A cualquier hora, sea de noche ó de día, puedo abandonaros y echaros al camino, pobres y desnudos, como lo estabais cuando llegasteis.... Si quieres asegurarte un porvenir próspero y poder considerar tuya para siempre esta casa, sus dependencias y las tierras que la rodean, envía á tu hija al castillo.

—Al castillo? á título de qué?

—Bah! No será mi mujer, pero importa poco y si un día vuelvo á casarme te la devolveré.... estate tranquilo; entónces podreis vivir á vuestro gusto. Desde el día en que Baschinka entre en el castillo, de inquilino pasarás á propietario con solo....

—Que Dios me castigue, exclamó el viejo elevando los ojos al cielo, que Dios me castigue si llegara á traficar con mi hija! Señor, me daríais entero vuestro patrimonio, me daríais vuestros siervos, que son numerosos, y rehusaría aún...

—Pero tu porvenir? Sueñas, desgraciado! Créas que permitiría á quien como tú se me subleva continuar haciendo el papel de señor y á tu bonita hija continuar su vida de comodidades? Ambos aprenderéis lo que es la pobreza. Has necesitado muchos años para elevarte á la posición que ocupas .. caerás de un golpe. Muchas veces, cuando camines entre el polvo con el baston en la mano, el hambre en las entrañas, la desesperación en el corazón, viendo al lado á tu hija, maldecirás tus escrúpulos de hoy. El

alba os despertará cada día con nuevos sufrimientos, y la noche no os ofrecerá ningun reposo; las economías que has hecho con el sudor de tu frente te las quito, y tu hija, el objeto de tus trabajos, de tus cuidados, tu hija, para quien sembrabas y recogías, tu hija tenderá al transeunte una mano descarnada, á ménos que no prefiera descender á un tráfico más bajo que aquel de que hablabas hace un momento con tanto desprecio. Has oido, viejo?

El pobre hombre permanecía quieto, encorvado como paciente en el tormento, mientras su señor desahogaba toda la cólera é iba atenaceando cruelmente cada fibra de aquel cuerpo agobiado por la edad y los sufrimientos; el verdugo sabía buscar los puntos más sensibles para aplicarles el hierro y el fuego; sus economías, su hija... y ninguna esperanza razonable de desarmar á tan poderoso personaje excitado por la pasión y exasperado por el obstáculo que se le presentaba ante su deseo. El viejo no encontraba en su ayuda medio alguno de conjurar tan horrible crisis.

—Reflexionad, dijo el señor, os doy de término hasta mañana. Mañana Baschinka vendrá al castillo ó labrareis vuestra ruina. Escoged.

—Señor, respondió Jacob mientras las lágrimas inundaban su rostro venerable; señor, es inútil esperar á mañana. Si vuestra voluntad es inquebrantable, si no dispensais piedad alguna á un viejo al pie de la tumba, y á una niña cuyo solo crimen es su virtud, echadnos desde luégo. El cielo nos amparará y yo le pediré nos preste ánimo y resignación.

—No quieres?... No quieres?...

—Nó, señor,.... nó, nó.

En este momento la puerta de la cámara próxima se abrió y Baschinka apareció en el dintel. Sin duda mientras duró el debate había estado rezando, porque después de enjugar con una de sus trenzas rubias las lágrimas que llenaban todavía sus ojos enrojecidos, se presentó firme y resuelta.

—Que Dios te bendiga, le dijo su padre, mientras ella le abrazaba con ternura. Perderemos el bienestar en este mundo, pero habremos salvado nuestra eternidad, Baschinka. Podremos mirar á lo alto.

Toda la casa se estremeció al golpe que produjo la puerta que el señor dejó caer tras de sí, alejándose precipitadamente de aquella mansión de la dicha y de la paz, donde acababa de hacer entrar la aflicción más profunda.

El canto de los pájaros en sus jaulas, el olor de las flores que adornaban las ventanas, las tiernas caricias y arrullos de las palomas sobre los tejados, el brillo del sol, todo, en una palabra, parecía ser ironía cruel: una especie de reto á la angustia que abrumaba á aquellos dos pobres seres que sollozaban entretanto uno en los brazos del otro. La sola

morada de aquella gran aldea donde hubiera podido existir alegría y contento, había quedado tan triste como las cabañas y chozas de los alrededores; sucias viviendas de la resignación.

II.

Cuando el crepúsculo extendió sus sombras por la aldea y los trabajadores fatigados de las tareas iban entrando en sus cabañas respectivas para entregarse al descanso, Jacob Aschkenas, dejando á su hija en la casa, salió con dirección á la iglesia.

En la casa de Dios se apoyaba una casita de ladrillo sin blanquear, de la cual salía por entre las maderas mal ajustadas de las ventanas, un hilo de luz, que á medida que avanzaba la noche se hacía más perceptible. Era la morada del *pope*.

Jacob entró en el momento que el digno sacerdote se disponía á cenar, sentado como un patriarca en medio de su tribu. Ochenta veces había pasado el invierno sobre su cabeza, dejando en ella copos de nieve; su barba era también de una admirable blancura. Le veneraba el país entero por su rectitud, su bondad infatigable, y su grandeza de alma, que hacía de él el padre de cuantos allí habitaban, sin diferencia de religión ni de raza. Todos, cuando se encontraban en momentos difíciles, iban á pedir consejos á su sabiduría, á su experiencia.

Cuando la puerta se abrió, el *pope*, resguardando con la mano sus ojos ya débiles, dijo á su mujer: —Creo es Jacob Aschkenas?...

Pero la vieja compañera veía aún menos que su marido, y ántes que se hubiese vuelto á mirar al recién venido, ya estaba éste cerca de la mesa.

—Ah! sois vos, Jacob, exclamó; vuestras visitas son bien raras. Qué es lo que os trae hoy? Dejad sitio á nuestro huésped, hijos míos; sirve una taza de té, Demetrio. Jacob, tomáis el té con ó sin ron? Pero sentaos!... Por qué ese aire tan triste?... Dios mío! Os ha ocurrido alguna desgracia?... ..

—Sí, me ha ocurrido una desgracia, padre.

—Qué desgracia?... Vuestra hija está buena... no es esto? Vuestros negocios marchan á medida de vuestro deseo. Teneis en casa dinero como heno, todos os aprecian y os quieren. En tales condiciones, qué puede disgustaros?

—Ay! no habeis contemplado muchas veces un campo cubierto de doradas espigas cuya vista encanta, asolado repentinamente por el granizo?

—Es cierto que el cielo no entra en parlamentos con nosotros ántes de hacernos la guerra, pero....

—Y bien, es preciso que hubiera pecado grandemente contra el cielo! Vos me conocéis bastante;... qué pensais de mí?...

—Bien, nada más que bien. Lo he dicho siempre:

Jacob Aschkenas es un padre dichoso, un honrado y rico arrendatario, un hombre probo...

—Ah! he sido todo eso, en efecto, pero desde mañana, ántes que despertéis, no seré más que un mendigo, un vagabundo, no poseeré absolutamente nada más que el fantasma del pasado cuyo recuerdo hará más insostenible todavía mi miseria.

—Jacob, perdeis la razón?—El padre hizo un signo á su numerosa familia, que desapareció enseguida. Una vez solo con el judío le dijo:—Podeis explicarnos.

—Oh! mi hija, comenzó Jacob lamentándose, mi pobre hija! yo, yo tengo aún el brazo de hombre, y aunque arrastre unos cuantos años, hasta la tumba, una existencia triste, poco importa; pero Baschinka!... os la representais pidiendo limosna?...

—Cómo?... es un delirio! exclamó el viejo cada vez más asombrado.

—Por Dios que me oye, que es la pura verdad. Mi hija agrada al señor...

El sacerdote echó á su interlocutor una mirada cándida:

—Baschinka agrada á todos....

—Ay! no comprendéis... sois un santo... y además sois viejo... El señor no tiene más que cuarenta años y no cree en nada. No adivináis todavía? Baschinka tiene la desgracia de ser bella... La casa y sus dependencias serían...—Jacob ocultó el rostro entre las manos....—serían el precio de su sangre, padre mío... ¿vais ya comprendiendo...?

—Muy bien... ¿y ella qué dice?

—Mi hija?... Podeis preguntarlo?...

—Baschinka rechaza á todo trance tal vileza?

—¿Habeis dudado un momento?...

—No, pero me regocijo de encontrar todavía gentes honradas, sea cualquiera el punto de donde vengan....

Y el *pope* cayó en una meditación profunda.

—En qué pensais? le preguntó Jacob después de haber estado largo tiempo con los ojos fijos en su rostro pálido y majestuoso.

—Pienso en vuestra Baschinka y en el pobre Josef.

—En Josef?... en este momento?

—Pienso que si no os hubierais opuesto de un modo tan pertinaz harían una buena pareja...

—Dios no lo ha querido, suspiró Jacob.

—Dios! No queráis hacer á Dios responsable de vuestros errores! Estabais entonces poseído del demonio del orgullo. Por qué rechazasteis á Josef? Porque era soldado, porque era menos rico y os parecía menos religioso que algunos otros. Era, sin embargo, un joven digno, que había visto el mundo y no carecía de carácter....

—Teneis razón. Entonces estaba deslumbrado por

mi propia fortuna, olvidaba lo que había sido y lo que podía volver á ser. Pero todo ha pasado... A qué recordar cosas olvidadas desde hace tiempo?

—Ah! Y Baschinka lo ha olvidado también?

—No sé. Baschinka es una hija cariñosa que acata la voluntad de su padre. Cuando me negué á acceder á la petición de Josef, ninguna queja salió de sus labios; pero no me he cuidado de descender á lo más profundo de su alma.

—Y bien, reconocereis la mano de Dios! Ese jóven que acababa de recibir su licencia y apenas libre, se apresura á depositar esta libertad á los piés de su prima, ese jóven fué despedido porque así lo quisisteis, aunque era el hijo de vuestro hermano: habeis despreciado un protector para vuestra hija, un sosten en vuestra vejez. Lo veo todavía partir para Moscou con el alma despedazada. Iba á ganar su sustento y en busca del olvido. Este es el jóven que recordamos, Jacob; tiene energía, buen criterio, es animoso, honrado, y vendrá de seguro á ser vuestra ayuda en el abandono en que os encontréis...

—El... Josef! No vendrá jamás.

—No conocéis el amor Jacob Aschkenas. Aprended conmigo, aunque soy un sacerdote viejo: cuanto más desgraciada es la mujer á quien se ama, más gozo cabe al poder sacarla de su situación. El amor es generoso y tiene arranques espontáneos que no puede dominar quien lo siente. Josef solo tardará en reunirse á vosotros el tiempo que tarde su caballo en salvar la distancia que os separa.

—Dios le ilumine!... Tengo fé en vuestra palabra. Cuando la amenaza del señor me hirió como el rayo, mi primer pensamiento fué para vos, para vos que sois el padre de toda la aldea, que tendéis una mano caritativa á quien la necesita, sin distinción de clases ni personas, sea cristiano ó judío, rico ó pobre! Que el cielo os guarde y os consuele como me habeis consolado!

Jacob regresó á su morada con paso más ligero: era tarde, no había en la aldea más que una sola luz, salvo la que brillaba junto al lecho en que Baschinka, presa de los ardores de la fiebre, se agitaba continuamente. La comida de mediodía fría é intacta estaba aún sobre la mesa. En la cocina no se oían apenas las habladurías de los criados y jornaleros, todo estaba en silencio; el presentimiento de un desastre se había extendido por la casa, aunque ni Jacob ni su hija dijeran una palabra.

—Hija mía, murmuró Jacob, aproximándose al lecho, te traigo una esperanza; es nuestro amigo el *pope* quien la envía. Antes de que fine esta semana tendremos un apoyo, Baschinka.

—Qué apoyo?... Hablad.

—Prométeme ante todo, querida mía, que por mucho que duresen las pruebas y la persecución,

prométeme que si se nos....—y el padre estrechó convulsivamente á su hija contra el pecho, dejando caer una lágrima sobre sus cabellos—si se nos separa.... Dios sabe lo que nos aguarda!... prométeme ser fuerte contra las asechanzas de la tiranía y de la seducción.

—Hasta mi último suspiro, dijo la jóven levantando su mano derecha.

—Bien, estoy tranquilo. Aunque llegue ese caso, ¿sabrás resistir á todas las tentaciones?

—No habrá jamás tentación para mí, ni podrá tentarme el amor de nadie.

—Baschinka, he creído que amas á Josef. ¿Es cierto?

Baschinka enrojeció, pero reponiéndose contestó con valentía: Sí, padre mio, le he amado siempre, le amo tanto como odio al baron. Pero hablabais de esperanza....

—Nuestra esperanza está en Josef.

—Oh! Dios mio!

—Tú le amas, replicó el padre, dices que le amas, y sin embargo, cuando él me pedía que consintiera en vuestro matrimonio, cuando nos imploraba á los dos, tú permaneciste fría, tú no dijiste una palabra, tú eludías mis preguntas.....

—Cómo había de acibarar vuestros últimos años? Sabía que un pobre no sería de vuestro agrado. No me era posible dejar de querer á Josef, pero debía disimularlo por amor á vos....

El viejo, abrumado, dejó caer su cabeza sobre el pecho.

—En efecto, murmuró, es castigo de Dios.

Al cabo de un instante prosiguió diciendo: —Cuando Josef y tú erais niños y jugabais ante la puerta como dos pichones, tu difunta madre tenía la costumbre de decirme: —Han nacido el uno para el otro; los casaremos algún dia... La adversidad entró en nuestra familia, quedamos pobres, y los padres de Josef tuvieron la misma suerte, y su hijo, casi un niño, fué reclutado como soldado. (1) Huí para escaparme de las garras de mis despreciables acreedores; me dirigía hacia el Norte; así llegué á un país donde no había aún judíos. Poco me importaba en suma; yo me decía: —Dios está en todas partes y no hay lugar donde no pueda dirigirse una plegaria. Tu madre me seguía, aunque bien enferma. Tú tenías entonces ocho años. Fatigados, muertos de hambre, fuimos arrastrándonos hasta la colina, hasta el castillo. El castillo, que es hoy la cueva de una bestia feroz, era entonces la morada de un hombre bienhechor y magnánimo. No habia acabado de contarle mi historia, cuando ya me ofrecia albergue,

(1) En Rusia, bajo el imperio del czar Nicolás, se reclutaba á los judíos desde la adolescencia,

—una simple barraca, un jardín y un campo en condiciones muy ventajosas.— Ay! mi pobre mujer no vió levantarse la casa nueva sobre el solar de la antigua cabaña, ni nuestras granjas aumentarse y prosperar á medida del deseo. Murió dejándonos su bendición, que Dios ha oído, porque nuestra fortuna se acrecentó muy pronto. Por desgracia, el señorío cambió de poseedor, y el nuevo dueño no heredó para sus colonos la benevolencia que siempre les había dispensado su antecesor. Sin embargo, no debíamos quejarnos; aunque duro con todo el mundo, nos favorecía por gracia especial. No podía yo presumir que de las consideraciones que se guardaban al padre, era la causa la hija; no podía adivinar que el lobo penetraba en mi casa bajo la piel del cordero.

Después llegó Josef, á quien nadie esperaba, á quien nadie podía reconocer. Cómo se le había de reconocer? No tenía ningún parecido con aquel pequeño judío de rosadas mejillas y ojos tímidos: era un joven gallardo, moreno, con una cicatriz, que llevaba medallas militares sobre su pecho y cuya voz y cuyo lenguaje habían cambiado; nó, mira, no tenía nada de judío. Y después de quince años de ausencia, entraba aquí como si entrara en su casa, engreído con una promesa que el tiempo y las circunstancias habían borrado de mi memoria. ¿Era conveniente entregarte á un hombre, á un hombre que, Dios me perdone, ni era hermoso, ni rico, sin saber siquiera si tú lo admitirías con gusto? Tenía otros proyectos, pensaba que podría escoger.... pero Dios decidió otra cosa. Hoy lo comprendo y me someto. Josef no puede darnos socorros que no tiene, que no ha tenido nunca; pero puede aliviarme en mi vejez de una parte de la carga, puede defenderte de cualquier peligro, puede servir de sosten á nuestra miseria.... Pero aunque puede... ¿querrá?

(Trad. de R. PRIETO.)

(Concluirá.)

BREVE BOSQUEJO

sobre

EL ESTADO QUE ALCANZÓ EN TODAS ÉPOCAS
LA LITERATURA EN ASTURIAS.

SIGLO XIV.

(Continuación.)

Mas á medida que los pueblos de Asturias recibían sus cartas-pueblas y la provincia en general sabias y benéficas *O* de-

nanzas, afirmaban más y más sus libertades y derechos políticos, oponiendo con sus fueros un dique seguro á las pretensiones de los poderosos: entónces la esfera del saber iba ensanchándose y el pueblo hallaba la representación que le correspondía en la gestión de los negocios públicos, adquiriendo así una gran extensión sus conocimientos y su cultura. Notable debiera ser, por lo mismo, la importancia de esos fueros, como documentos que derramasen luz vivísima en el lenguaje asturiano, su origen y desarrollo; pues, como dice el sabio y erudito Duran, "todos esos antiguos fueros, privilegios y cartas-pueblas, escritos ya en latin ya en romance, además de hallarse en ellos condensada la historia política de España, son indudablemente los documentos más importantes para el estudio de la historia de la lengua castellana, en las trasformaciones sucesivas que iba sufriendo el latin, al convertirse en romance." (1)

Mas toda esa importancia desaparece ó no existe en las cartas-pueblas asturianas, ni en sus *Romances*, si de ellos se quiere deducir las trasformaciones por que sucesivamente debió ir pasando el idioma *bable*, por la rara particularidad de no hallarse ninguno escrito en el lenguaje propio y peculiar del país. Particularidad especialísima que ofrecen, no ya las cartas-pueblas, cuyo lenguaje necesariamente había de ser el general ú oficial del país, sino los mismos *Romances* asturianos, como la mayor parte de sus poesías hasta el siglo xvii, y que ha llamado en todos tiempos la atención de nuestros críticos, sin que hasta hoy hubiese sido explicada satisfactoriamente. (2)

¿Pero esos *Romances tradicionales* en lenguaje castellano y de época más moderna que el siglo que reseñamos, pueden considerarse como la verdadera, la genuina poesía popular de Asturias? Esos *Romances* tan varios en su forma y pensamiento, recogidos cuidadosamente y publicados poco há, por un escritor tan docto como erudito, tienen la importancia que se les atribuye en la historia de la poesía asturia-

(1) Duran. Romancero general. Discurso preliminar.

(2) Ya en otra ocasión (a) nos hemos ocupado en este interesante punto y aún á riesgo de repetirnos, vamos á volver sobre él, pues su conocimiento es de la mayor importancia en nuestra historia literaria.

(a) Memorias históricas sobre la prensa periodística de Asturias. Oviedo, 1868, Imprenta de Domingo G. Solís. 4.º

na? (1) Tan pobre en elementos artísticos y literarios se considera al pueblo asturiano que no haya conocido otra poesía que esos *Romances* bastardos por su origen y abigarrados en el lenguaje y el pensamiento? En la vida de los pueblos, como en la vida de los individuos, hay siempre, bueno ó malo, algo propio, original, no recibido de nadie y que distingue y caracteriza su fisonomía especial. Hé aquí porqué no podemos considerar los *Romances tradicionales de Asturias* como su verdadera poesía popular, pues que esta existe y se halla aún hoy en todas partes, no escrita ni coleccionada, sinó viva en el alma del pueblo, con todos los caracteres que distinguen al país donde nació.

En efecto, ya dejamos indicado que al desaparecer, con la traslación de la Corte á Leon, la influencia que en el desarrollo intelectual del país habían ejercido aquellos sabios varones, ornamento de la monarquía, cuyo ejemplo seguía el pueblo, y los monasterios, á donde el estudio y el saber se habían refugiado como huyendo del estruendo de las armas, el movimiento literario no solo se paralizó, sinó que hubo de retroceder lastimosamente entregado á sus propias fuerzas, que fueron pronto aniquiladas por el aislamiento á que se vió reducido y la escasez de sus hijos que continuasen la obra de sus predecesores. De aquí ha pretendido deducirse, que limitado y pobre en sus elementos, el pueblo asturiano no podía comunicar ni á sus cantares, ni á sus romances, la vida que no tenía, viéndose obligado á admitir la forma y hasta el pensamiento de la poesía popular de países extraños. Consecuencia poco meditada que no podemos en manera alguna admitir, porque no consideramos tales *Romances* como la legítima poesía del pueblo asturiano.

Es cierto que aquel pueblo, sencillo en sus costumbres y con escasos gérmenes de vida intelectual, necesariamente había de hallar algo de sorprendente y extraordinario en todo aquello que ni había nacido en sus montañas, ni formado parte de su vida y sus costumbres, y que por lo mismo admiraba y recibía de buen grado los romances históricos y caballerescos importados lentamente de pueblos extranjeros; que hacía suyos, por más que no formasen parte de su historia y tradiciones, ni representasen sus costumbres y sus creencias: fami-

liarizados entónces en el país, el mismo aislamiento y las mismas causas contribuían á que se conservasen en toda su pureza y con el sello característico y genuino de su origen. Y á pesar de que el pueblo asturiano tuvo siempre en tanta veneración y estima los grandes sucesos que enaltecieron su suelo, viviendo como identificado con el recuerdo de los hechos y el pensamiento de sus héroes, cuyos nombres, aún hoy, vé en todas partes y oye resonar do quiera, hallaba también novedad y maravilla en los romances de *D. Bueso* y de la *Princesa Alexandra*, cuyo relato le cautivaba por lo extraordinario de los sucesos ó el atractivo de las aventuras. ¿Mas de esta circunstancia especialísima habrá de deducirse que ellos solos forman la poesía popular de Asturias ó que no existe otra fuente á donde acudir en busca de la originalidad que caracteriza siempre la poesía popular de un país? En manera alguna: la poesía popular asturiana no ha de buscarse, en nuestro concepto, en los *Romances tradicionales*, los cuales excepto á lo más los *religiosos*, que respiran la fé y el sentimiento propios del pueblo asturiano, los creemos exóticos, ó si originales y nacidos en él, ni el pensamiento ni el lenguaje le pertenecen.

La poesía popular de Asturias vive hoy, como en los primeros siglos de la poesía, encarnada en el corazón del pueblo: en sus cuentos y consejas, en sus tradiciones y cantares y en sus adagios ó sentencias, se halla con varia y muy diversa metrificacion toda esa poesía popular, ora llena de fé y de sentimiento, ora de ternura ó de intencionada malicia, pero siempre sencilla y armoniosa y con el sello de una originalidad perfecta.

Y es verdad: Asturias ofrece con relacion á la poesía tan gran originalidad como tal vez no se encuentre en país alguno: la fantástica facultad del pueblo asturiano, no tiene rival en su *Mitología*, así llamada con gráfica propiedad y que es la base de sus innumerables y bellísimas tradiciones y leyendas. (1) Es en esta parte Asturias un país privilegiado, en que á cada paso brotan del fondo de sus grutas, de las aguas de sus rios, de la espuma de sus torrentes, de las ruinas de sus castillos y

(1) Amador de los Rios. Poesía popular de España. Romances tradicionales de Asturias. Madrid, 1862. 4.º

(1) El erudito y distinguido catedrático de Literatura de la Universidad de Santiago, D. Gumerindo Laverde Ruiz, nuestro querido amigo, ha publicado un excelente trabajo sobre la *Mitología asturiana*, cuya lectura recomendamos á nuestros lectores.

del interior de los bosques. fantásticos *mitos*, *genios* misteriosos, que el pueblo teme, venera ó respeta y que, como fuente de la más pura poesía, son el origen de tiernas y maravillosas *leyendas*, de dulces y melancólicas *baladas* y de fatídicas y extraordinarias *consejas*. Por eso los cantares y leyendas asturianos llenos de poesía y sentimiento, tienen como los de Alemania sus *ondinas* y como los de Francia sus *hechiceras*, sin faltar en ellos *genios* del mal, no siempre temibles, sino agradecidos ó rencorosos, según que reciban favores ó desprecios.

Desde las *Xanas*, hermosas ninfas, ligeras como la brisa, de formas diminutas y fantásticas, que habitan al pié de puras fuentes ó de arroyos cristalinos, hasta los familiares, duendes ó diablillos, vengativos ó apasionados, cuenta la poética fantasía del pueblo asturiano prodigioso número de esos seres que forman la más pura poesía, y en cuyos encantos y bellezas más de una vez se inspiraron los poetas asturianos de todos tiempos. Estos mitos constituyen la verdadera poesía popular asturiana de todas épocas, y son el alma de esas poéticas creencias tan arraigadas en el corazón de todo el pueblo, y que bajo el velo de una aparente superstición encierran máximas de la más pura moral.

Hé ahí la verdadera poesía popular de Asturias, á cuyo estudio detenido debieran dirigir sus observaciones nuestros eruditos, recogiendo esa multitud de cantares, poesías y leyendas que corren de boca en boca por el pueblo. (1) Plácenos manifestar que tal empresa ha sido acometida por un laborioso é ilustrado asturiano, muy conocedor de nuestras costumbres y de cuyos excelentes conocimientos y buen criterio es de esperar una obra escrita con gran erudición y acierto, para lo cual cuenta con

(1) Con el carácter de anónimo se publicó el año 1858, en Valladolid, un folleto titulado: *Creencias populares de Asturias*.—Valladolid, 1858.—Imprenta de D. Francisco M. Perillan.—4.º, 24 páginas.—Después de una ligera introducción sobre los seres que con diversos nombres forman el alma de esas creencias, comienzan las descripciones que comprenden Las Xanas, Las Lavanderas, Los Nuveros, Los ventolines, Los Espumeros, La Hueste, El Moro y Las Ayalgas.

Por desgracia este trabajo adolece de no escasos defectos que han evitado en sus artículos sobre el mismo punto, el citado Sr. Laverde en su *Mitología asturiana*, publicado en el número 44 del año IV de *El Museo Universal*, año 1862; y el publicado en la *Revista Española* por D. José Arias de Miranda, que es el trabajo más exacto y concienzudo de cuantos se han publicado hasta el día sobre las *Creencias populares de Asturias*.

numerosos y excelentes materiales recogidos por él mismo, en los pueblos y aldeas de la provincia, que formarán una interesante *Historia de la poesía asturiana*. Creemos que no se dejará esperar mucho tiempo esta obra, producto del estudio de nuestro amigo y paisano D. Alejandrino Menéndez de Luarca, prestando con su publicación un gran bien á la literatura patria y un servicio especial á las letras asturianas. Entónces y con razón habrá dicho el citado Sr. Duran que "deben considerarse las Asturias como cuna del lenguaje y poesía nacional sin mezcla de imitación extraña." (1)

SIGLO XV.

Pero llega el siglo xv, época de mayores turbulencias, si cabe, que los siglos anteriores, y la historia de Asturias no ofrece más que páginas tristes de las discordias que, con provecho suyo, fomentaban los Quiñones y otros bandos, que en su orgullo y ambición creían pertenecerles este noble suelo, al cual trataban con la más cruel tiranía y á quienes el país no consiguió reprimir y espulsar sino después de gravísimos conflictos.

En tanto los reyes de Castilla rodeábanse de asturianos eminentes, cuyos consejos escuchaban y cuya ciencia auxiliaba eficazmente á aquellos monarcas en la mejor dirección de los asuntos del reino. *Juan de Oviedo* (2) como secretario de Enrique IV y el ilustre *Alonso de Quintanilla* (3) en la

(1) Duran. Romancero general español. Tomo I. Discurso preliminar, pág. LII. Edición de Rivadeneira.

(2) Juan de Oviedo, secretario del rey Enrique IV por los años de 1443, fué una de las personas de mayor privanza y crédito de la Cámara del rey: pues el monarca en sus últimos momentos, *no otorgó ningún testamento*, pero hizo escribir algunas cosas á Juan de Oviedo, su secretario, de quien mucho se fiaba. (a) En la Academia de la Historia hay copia de una escritura, que se conserva en el Archivo de Simancas, dada á 20 de Agosto de 1464; y otra de 19 de Junio del mismo año, firmadas por el Secretario Juan de Oviedo.

(a) Mariana.—Historia general de España.—Libro XXIV, cap. IV.

(3) Alonso Alvarez de Quintanilla, natural de Paderni—Caxigal—pequeño pueblo situado á media legua oriente de Oviedo, fué uno de los varones más señalados en la corte de los Reyes Católicos, por su ciencia, su profundo ingenio y su elocuencia. Si Quintanilla no tuviera títulos ciertos para ser considerado como uno de los hombres más eminentes de su siglo, bastárale el haber sido el gran protector de Cristóbal Colon, comprendiendo en su claro talento cuan grande era el pensamiento que bullía en la mente del sabio genovés y cuan exactos los cálculos y reflexiones que Colon le exponía, mién-

corte de los Reyes Católicos, eran dignos hijos y representantes de este olvidado país, que parecía caminar á la más lastimosa postracion.

Pero las sabias y enérgicas disposiciones de su Gobernador Hernando de la Vega, consignadas en las *Ordenanzas* que dió al Principado, sancionadas por los Reyes Católicos en Medina del Campo á 16 de Junio de 1494, concluyeron por entónces con los bandos que minaban al país y cortaron de raíz la altanería de los próceres y poderosos, restituyendo á Asturias la calma y el sosiego. Acalladas entónces las discordias, respetada la autoridad y tranquila la provincia, parecía prepararse Asturias á tomar parte en el gran movimiento literario y científico que se hacía sentir por todas partes en este siglo y el siguiente.

Mas por esta época, y parte del siglo xvi, aún hubo de paralizarse su cultura merced á un conjunto de circunstancias que hacían que las ciencias y las letras no adquiriesen todo el desarrollo que habían alcanzado en el resto de la península. La falta casi absoluta de comunicaciones y la escasísima ins-

tras con generoso desinterés le amparaba en su casa y le sentaba en su mesa. Quintanilla figuraba además en quella época como hábil y elocuente orador; discreto, agudo é ingenioso en promover y poderoso y eficaz en persuadir, como dice de él el sabio Antonio de Lebrija. Tantos conocimientos, tanta pericia en el arte de gobernar, como valor y política para llevar á término las más difíciles empresas, llenaban de admiracion al insigne y sabio Lebrija, que no podía explicarse cómo la oscura provincia de Asturias (in obscura quoque patria) produjera hombres de tanta valia y elevado ánimo como Quintanilla. Mucho nos duele que así se exprese el buen gramático y coronista de los Reyes Católicos, pues más que en demérito y desprestigio nuestro cae en desdoro suyo esa ignorancia de nuestro suelo y de nuestra historia: falta gravísima en quien de suyo está obligado á conocer y apreciar bien la historia de aquellos países á quienes debe algo la nacion toda, si ha de tener conciencia de lo que narra y conocimiento de lo que escribe. Entre otros méritos dignos de loa del ilustre Quintanilla está lo que propuso en las Córtes celebradas en Madrid el año de 1476 para que se crease un cuerpo de proteccion con el nombre de *Santa Hermandad*, que velase incesantemente por la vida y tranquilidad de los pueblos; pensamiento que fué acogido por unanimidad por todos los asistentes á las Córtes, aplazándose su exámen para las que habian de celebrarse en Dueñas, en las que, después de un elocuente discurso de Quintanilla, que las crónicas nos han transmitido, se acordó el establecimiento de este Instituto. (a)

(a) Esta institucion, que como se vé, tenia por objeto perseguir á los ladrones, asegurando así la tranquilidad en los caminos, gozó de grandes privilegios. Sus individuos recibieron el nombre de *cuzdrilleros* porque iban de cuatro en cuatro, así como la actual Guardia civil camina por parejas, cuyo instituto puede decirse tomó origen en la Santa Hermandad.

truccion que recibian sus naturales, limitada á un corto número de eclesiásticos y á la que daban los monasterios (1), no permitian que aquellos conocimientos, privilegio de varones estudiosos que vivían en el retiro del Claustro ó de individuos del alto clero de la Iglesia Catedral, cundiesen por todo el Principado y la ciencia se generalizase y el círculo del saber se extendiese.

Sin embargo, los estudios teológicos eran cultivados por esta época con notable brillo en la provincia, hallándose dignamente representados en el docto Arcediano de Villaviciosa de la Santa Iglesia de Oviedo, el Doctor *D. Juan Gonzalez Contreras*, autor del libro de la *Purísima Concepcion*, compuesto el año de 1436 y que propuso, este mismo año, al Concilio general de Basilea con el fin de promover la solemne declaracion de la Iglesia, y á cuyo Concilio fué enviado por la Universidad de Salamanca. No menor representacion tenían la Jurisprudencia y la ciencia de la legislacion, en los escritos del Doctor *Alvarez de Noreña* (D. Rodrigo) citado por los contemporáneos por sus *Determinaciones*.

Tal era el escaso desarrollo que las ciencias adquirían en la provincia en el último tercio del siglo xv, para ostentarse con mayor brillantez en el siguiente.

MÁXIMO FUERTES ACEVEDO.

(Continuará.)

LIBROS NUEVOS.

ETIOLOGÍA DE LA PELAGRA Ó DE LA PLURALIDAD DE LAS ENFERMEDADES por *D. Faustino Roël*.

En el año 1735 el eminente Casal, médico en aquella época de esta capital, se dedicó al estudio de las enfermedades endémicas de esta provincia, y describió con mano maestra, en su obra titulada "Historia natural y médica del Principado de Asturias," primero, la sarna; segundo, la lepra; y, por último, una especie de lepra muy *maligna* y de *condiciones singularísimas*, que es la conocida en el país con el nombre de *Mal de la rosa*.

(1) El convento de benedictinos de Oviedo, era quien conferia los escasos grados académicos que entónces se recibían en Asturias.

En veinte años seguidos de observacion constante y de atencion tenaz, estudió del natural la terrible enfermedad que se presentaba en los enfermos que acudian al hospital ó en su clientela particular, no omitiendo detalle ni perfil de cuanto la pródiga naturaleza le ofrecía. La pintura que de este mal hizo, resultó ser tan fiel y tan exacta, que llamó la atencion de todos los sabios del mundo médico, sirviendo el cuadro que trazara de modelo para identificarla en cualquier punto del globo; y no solo dió á conocer al mundo médico la existencia de plaga tan terrible, sino que consignó de una manera clara y terminante la *causa y naturaleza* de la misma, considerando tal enfermedad como una *variante* de la *lepra*. Muchos maestros en la ciencia trataron de investigar y comprobar, después de esta lumbrera del saber, la *verdadera causa y la naturaleza probable* de la enfermedad mencionada; pero ninguno llegó á conseguir una demostracion tan patente, tan comprobada por hechos clinicos y datos históricos, como la obtenida y expuesta, tras de prolija labor y ejemplar constancia, por nuestro modesto y distinguidísimo compatriota D. Faustino Roël.

Todos los médicos, sin distincion de nacionalidad, buscaban é inquirían con afan la causa de tantos males en el *medio externo* que nos rodea, atribuyéndola, ya á la accion de los rayos solares, ya á la ingestion de microscópicos seres vegetales ó ya, por fin, á una alimentacion deficiente y miserable. Pero el Sr. Roël demuestra hasta la saciedad, en su libro, que la causa *eficiente* radica y tiene su existencia en el *medio interno* del organismo. Basta leer algunas de las observaciones clinicas que presenta, con su correspondiente árbol genealógico, para ver de una manera cierta y evidente el *germen morbifico* evolucionar y desenvolverse en el *medio interno* de nuestra organizacion, trasmitido por herencia, directa ó indirecta, de generacion en generacion, manifestándose con grados diversos en varios órganos y aparatos, y adoptando formas diferentes de expresion segun la aptitud fisica y fisiológica de cada uno.

Así se explica, como se puede ver en este gran libro de clinica patológica, que siendo una la causa *morbigena* pueda dar lugar á manifestaciones patológicas simultáneas, tan variadas y complejas que desorienten al práctico más sagaz, si no tiene en cuenta el modo de realizar su existencia en la naturaleza el prolífico germen que ha de generar males sin cuento.

El *medio externo*, ó sea, todo cuanto fuera de nosotros nos rodea, nunca puede intervenir más que con múltiples concausas para colocar el terreno en condiciones abonadas á fin de que la semilla brote. Si el organismo se halla sano, si en él no existen gérmenes específicos ni especiales, ingénitos ó adquiridos, todos los medios externos (no siendo contagiosos) serán siempre impotentes para desenvolver plagas de la índole y carácter que aquella que el distinguido profesor de Oviedo estudia y demuestra en su admirable obra, monumento eterno á la ciencia médica.

El Sr. Roël, fiel observador de la naturaleza, naturalista y médico á la vez, analiza, escudriña y aquilata todos los fenómenos que el cuadro al natural le presentaba. Examina todas las teorías, todos los principios que los sabios en la ciencia han expuesto hasta la fecha, y no olvida tampoco los medios profilácticos y terapéuticos que deben emplearse para triunfar de tan complicadas manifestaciones morbosas.

La historia, la estadística, centenares de hechos clinicos con sus correspondientes árboles genealógicos, detallados y observados con una exactitud sin igual, los adelantos anatómico-fisiológicos modernos, la patología general, la sociología, la fisica, la química, la geología, la atmosferología, la astronomía, y, en fin, todo cuanto puede coadyuvar al conocimiento y demostracion sobre la "*Etiología de la Pelagra ó pluralidad de las enfermedades*," se halla explanado con una erudicion nada comun, en aquella obra, de magníficas condiciones tipográficas é ilustrada con perfectas láminas cromo-litografiadas.

Casal y Roël son dos lumbreras que desde hoy marcharán juntas en la historia de la ciencia, irradiando cada uno su esplendente luz sobre el inmenso campo de la medicina patria, imprimiendo carácter á la ciencia del siglo que los vió nacer; y la provincia de Asturias puede enorgullecerse de tener en su seno y á su servicio un obrero de la ciencia tan eminente como el Sr. Roël. Felicitámosle con profunda cordialidad y respeto, y felicitamos también á la humanidad doliente, á la que tanto importan semejantes hombres y semejantes investigaciones, llamados á aliviar en gran manera sus grandes dolores y sus profundos males.

FAUSTINO HUERGO.

PROGRAMA PRÁCTICO SOBRE LAS LECCIONES DE ALGEBRA EXPLICADAS EN LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS DE AVILES, por D. Domingo Alvarez Acebal.

El libro que tenemos á la vista, respondiendo á su título, es simplemente un cuestionario de Algebra dividido en veinte lecciones, que abrazan desde la notación algebraica hasta la resolución de las ecuaciones de segundo grado; nada, pues, podría decirse en pro ó en contra de tan sencillo trabajo, si no diera ocasión para alabar el buen método que el autor ha desarrollado en su benemérita tarea de instruir á artesanos adultos.

Algun tiempo ántes de haber contribuido en la medida de nuestras fuerzas á la organización de la Escuela de artesanos de Oviedo (de la que procede hasta cierto punto la de Aviles) el que escribe estas líneas, accediendo á los deseos de numerosos artesanos, explicó un curso de Aritmética, Algebra y Geometría siguiendo el mismo método que ahora ha seguido el Sr. Alvarez Acebal, y los resultados fueron extremadamente satisfactorios. Creemos firmemente que para inteligencias poco cultivadas, y para alumnos que disponen de poco tiempo, el texto es una dificultad más que hay que añadir á las peculiares del asunto científico. Hay en la explicación escrita cierta inmovilidad propia más bien para tentar la memoria que para ejercitar la reflexión, aunque no sea más que por el supersticioso respeto con que el adulto iletrado contempla la frase estampada en letras de molde. Además, en su imaginación poco elástica, se acomodan mal las palabras estereotipadas á fuerza de lectura con los desarrollos y ampliaciones orales.

Pero no solo para artesanos, sino que para alumnos de segunda enseñanza consideramos muy conveniente el método en que nos ocupamos; tenemos seguridad absoluta que un noventa por ciento de aquellos no pueden responder, al terminar el primer curso de matemáticas, á la mayor parte de las cuestiones del programa de la escuela de Aviles; lo sabemos por una molesta y larga experiencia.

Es de desear que el Sr. Acebal publique cuestionarios de Aritmética y aún de Geometría; en esta última parte puede hacer un trabajo verdaderamente original si planteando problemas, en vez de demostrar teoremas, dá á los elementos de esta parte de las matemáticas cierto carácter

analítico armónico con el que preside á la adquisición de los elementos de la Algoritmia; en una enseñanza elemental y eminentemente práctica, los resultados serán como los que nosotros hemos logrado, muy satisfactorios

G. A.

LA LINGÜÍSTICA

Y EL DISCURSO DEL SR. MORENO NIETO EN EL ATENEOS DE MADRID.

La lingüística es la ciencia del lenguaje, y una parte al mismo tiempo de la filología. Todo lo que el genio potente de la Europa ha intentado en la campaña científica de este siglo para llevar á cabo la gran restauración del pasado, campaña que supera en grandeza, como dice el Sr. Moreno Nieto, á cuanto se había visto hasta nuestros días en los anales del pensamiento, entra de lleno en la filología, que abarca el estudio de todas las manifestaciones del espíritu humano en el espacio y en el tiempo.

El Sr. Moreno Nieto no se ha propuesto más, al parecer, en su último discurso, que dar una idea de los adelantos é indagaciones que se han hecho en la ciencia del lenguaje á su querido Círculo, único foco de la atención científica en España y palestra en que lucen su prodigiosa erudición é incomparable elocuencia. Quéjase en el exordio, de que todas aquellas indagaciones se hayan hecho sin nuestra intervención, y sin que hayamos procurado siquiera aprender sus resultados, naciendo de aquí un vacío en nuestra cultura que todos debemos afanarnos porque desaparezca. Es de notar, en efecto, que de tantos nombres como cita y otros muchos que se pudieran citar de maestros y autores de Lingüística, ninguno es español.

Tan dolorosa como ha sido para el señor Moreno Nieto, debe ser para todos esta observación. Pero, ¿acaso en las otras ciencias no sucede lo mismo? Y la mejor prueba del atraso en que estamos y vivimos ¿no se revela en su discurso, verdadero compendio de materia lingüística y de lectura, por consiguiente, impropia en un círculo como el Ateneo, que debe suponerse compuesto de personas ilustradas y al corriente del movimiento científico?

Cuando en las Sociedades sabias de París, de Londres ó Berlin, un hombre tan afamado allí como aquí lo es el Sr. Moreno Nieto, ocupa una noche la atención del círculo, lleva siempre algo nuevo que decir, alguna rara observación que manifestar, cualquiera deducción inesperada que desenvolver, algo, en fin, producto del estudio propio, de la especialidad á que se halla dedicado y que viene á ensanchar un poco los horizontes científicos, no solo de sus oyentes, en quienes se supone ya el conocimiento necesario de los rudimentos y principios, sino hasta de los mismos sabios. Se dice que esta vez el Ateneo oyó con algunas muestras de indiferencia y cansancio el bien escrito discurso; ¿sería por tener noticia ya de lo que en él se dice ó por esa repugnancia instintiva que suele haber á adaptarse á las cosas nuevas?

No queremos saberlo. En todo caso la Europa está llena de manuales, compendios y pequeños tomos al alcance de todas las fortunas, en que lo concerniente á la Lingüística se enseña á grandes rasgos como en el discurso del Sr. Moreno Nieto. Para aquellos que tengan conocimientos previos de esta ciencia, no está lo interesante del discurso en su contenido doctrinal, que nada nuevo encierra, sino en que nos revela la evolución mental que se va operando en su autor.

Puede decirse del Sr. Moreno Nieto que es un gran estudiante y lo será mientras viva. Tiene la pasión del estudio. Ha leído todo lo que se escribió y sabe todo lo que se escribe en el mundo. Echegaray dice de él que lo sabe todo. Nosotros no diremos tanto; pero es cierto que si lo sabe todo, en cambio no suele decidirse por nada. El fondo de su carácter científico es la indecisión. Como tiene un talento complejo, vé las cosas bajo muchos puntos de vista, y en alguno de estos encuentra siempre inconvenientes de admisión. Sabe mejor que nadie encontrar los puntos vulnerables de un sistema y distinguir la parte de error y de verdad que pueden contener las teorías. Son estas cualidades las que hacen de él un director inmejorable de las inteligencias. ¿Qué rayo de luz ha penetrado en su mente para que él, otras veces tan lleno de prudencia, haya adoptado la solución atrevida que sobre el origen del lenguaje expone en su discurso? Porque él podía escoger entre muchas soluciones ya propuestas, otras tantas hipótesis perfectamente sostenidas. ¿Cómo es que siendo tan metafísico y espiritualista rechaza las soluciones metafísicas de Max

Muller y de Renan? Cómo admite y afirma sin vacilar y *con entera certidumbre* la solución positivista, natural, más científica seguramente, pero también más revolucionaria, la solución de Epicuro, de Lucrecio, de De Brosses, de Darwin, de Schleicher? Es preciso convenir en que habrá visto en ella grandes pruebas, más claras y más fuertes que en las otras, que debían serle sin duda más simpáticas. Por eso la conquista del Sr. Moreno Nieto es una de las más gloriosas para la nueva teoría lingüística.

Corre el peligro, sin embargo, de que haya quien le acuse como Eunomio á San Basilio de negar la Providencia porque no quería admitir que Dios hubiera creado los nombres de todas las cosas, atribuyendo la invención del lenguaje á las facultades que Dios había puesto en el hombre; pero nosotros sabemos que el Sr. Moreno Nieto tiene fe en la Providencia y que la hipótesis científica sostenida por él, en nada puede ofender á la divinidad.

Haremos observar, sin embargo, á todo el que la adopte, que al hacerlo, es necesario admitir, si ha de ser lógico, la barbarie, la ignorancia y la inferioridad moral é intelectual de los primeros hombres.

Si el lenguaje, en efecto, tuvo el origen que se dice, hay que representarse las primeras parejas humanas abrigadas en el hueco de una roca, desnudas, ahullando como los animales, dando gritos inarticulados todavía, y sin poder siquiera dirigirse una palabra de amor, porque esta palabra no existía, como no existe aún en los idiomas inferiores, siendo, como es, una abstracción que debió de haber tardado mucho tiempo en ser modulada por una voz amante.

Las consecuencias, como se vé, son importantes, y pueden pasar por peligrosas para muchos, siendo capaces de trastornar las nociones aceptadas, hasta ahora, sobre los orígenes del mundo y de la humanidad.

El Sr. Moreno Nieto, contra su costumbre, abandona esta vez, valientemente, después de haberlas expuesto y estudiado, todas las hipótesis de los metafísicos, y á pesar de ver tanto y tan profundamente, no parece temer aquellas consecuencias. Rechaza á Hegel, Krause, Wissemann, F. Schlegel y Renan y afirma con *entera certidumbre* (son sus palabras) que "*el lenguaje no aparece en un solo momento formado todo él, sino que se hace y produce en el tiempo y por grados y sucesivamente.*"

Ved ahora como expone y compendia los principales resultados de la ciencia di-

ciendo que la lengua es un producto del espíritu humano, una creación suya, como lo son las obras todas cuyo conjunto forma la historia universal; que esta creación no es producto del espíritu individual sino del colectivo; ni hija de la reflexión, sino de la espontaneidad, saliendo el lenguaje á la luz del mundo por impulso y obra de esas energías y potencias secretas que engendran á la callada las obras sociales; además, que no es producción arbitraria y contingente, sino obra sujeta á leyes, y que se forma dentro de líneas y moldes determinados, por donde puede someterse á estudio y enseñanza científica; y por último, que él no aparece todo de una vez, sino que *va haciéndose sucesivamente y se completa y desenvuelve en momentos sucesivos...*

Y respecto á su origen, prosigue, no debemos considerarle así como un comienzo absoluto y como si hubiese habido un momento desde el cual hubiera él empezado á ser totalmente, sin que ántes nada le hubiese preparado ni ocasionado; ántes bien debemos representárnosle como *resultado de una serie de esfuerzos, de ensayos, de titubeos; ó, si decimos, como el resultado de un conjunto de gritos, de sonidos, de gestos, de ademanes*, mediante los cuales se esforzaba el hombre en manifestar sus emociones y exteriorizar sus representaciones primeras, *hasta que poco á poco, y produciéndose por ley de las cosas sonidos articulados y fijándose en la familia y la tribu el sentido de ellos, se condensó, se fijó el lenguaje, marchando desde aquí á sus ulteriores desenvolvimientos.....* Por de pronto, continúa, es bueno observar que al dar nombre á las cosas, no trataba el hombre de declarar la esencia de ellas y lo que en sí son objetivamente consideradas, *sinó que las determinaba según le aparecían y se le representaban; cosa que se advierte al punto que se examinan las lenguas en aquel período más antiguo en que podemos estudiarlas.* Y no es necesario por lo conocido, añadir que el mundo exterior y no el interior ó de la conciencia, es el que solicitaba y llamaba entónces á la palabra.

"Ahora yo me figuro, dice el elocuente profesor, el espíritu de los hombres primitivos vibrando y resonando al golpe de las impresiones que les causaba ese mundo exterior con la muchedumbre de objetos, movimientos y ruidos; y estas á manera de resonancias expresadas naturalmente en sonidos más ó menos articulados, serían la base primaria del habla humana."

Basta lo expuesto para comprender la tendencia y distinguir el campo donde

desde ahora le toca militar al Sr. Moreno Nieto. Si ha de ser lógico, no puede estar ya jamás con aquellos que admiten en los hombres primitivos una intuición poderosa y facultades grandemente creadoras y divinas, por medio de las cuales, según ellos, toda lengua nació en un momento fijo, anterior á toda historia y en completa posesión de sus elementos radicales y gramaticales; porque esto le consta que no es cierto, que no puede ser, en vista de los datos que ofrece la lingüística y que él tan bien conoce. Por grande que haya podido ser su desengaño al ver lo poco que sirvió la metafísica para desentrañar aquel problema, y que más bien fué y sigue siendo obstáculo y estorbo para ello, el haber encontrado la verdad, *con entera certidumbre*, habrá sido para él un gozo inmenso. Habrá, pues, aprendido que del estudio y observación de la naturaleza y de las obras del espíritu humano en todos tiempos, es donde hay que aprender á descifrar el misterio, y que los ensueños metafísicos deben reservarse solo para lo insondable.

ESTANISLAO SANCHEZ CALVO.

(Continuará.)

LA CIENCIA Y SUS IMPOSTORES.

I.

A los ojos de la imparcialidad razonadora tal vez sea perdonable el hombre que sintiendo por inclinación ó por hábito la envidia en su corazón, ostiga á sus adversarios, calumnia á sus enemigos, maltrata á sus deudos y aún, nuevo Cain, tiñe sus manos en sangre fraternal. La naturaleza no siempre se muestra generosa con los mortales: al lado de un Adónis y de una Vénus, forman singular contraste una ciclópea Maritornes y un déforme Quasimodo así como cerca de la mariposa multicolor se revuelca en el polvo miserable gusano. Hay hombres que nacen con inclinaciones nobles; son francos, pródigos, dóciles y valientes, mientras otros son mezquinos, petulantes, hipócritas y malvados. Mucho puede la educación; pero jamás la mano maestra de un Fidiás hará de la salvaje roca un solo grano de diamante: Dios en sus altos designios restará del libre albedrío del hombre aquello que sea inherente á sus inclinaciones y organización, así como el juez justiciero rebaja la pena por las circunstancias atenuantes del delito.

Juzgando de este modo á las personas, no será fácil caigamos en ridícula compasión ni en vituperable tiranía; y una vez que la sociedad, que la voz del pueblo tan respetada, señala con sarcasmo al usurero, al envidioso, al maldiciente y al fariseo, en una palabra, á todos aquellos que siendo condenables por la conciencia pública, no se hallan sin

embargo bajo la acción de la ley, justo es que esa misma sociedad, que esa conciencia pública, cuyos fallos no siempre llevan el sello de la certeza, se acostumbre á emitir dictámenes acerca de ciertos seres, que no usurpan ni calumnian, que no envidiarán el bienestar de sus prójimos, que no hieren ni matan; pero que penetrando en el santuario de la ciencia la prostituyen y la vituperan, y en vez de ser sus sacerdotes se convierten en traficantes é impostores.

La ciencia tuvo siempre y tiene hoy sus cacos, sus bandidos y sus piratas, muchos de los cuales atravesaron la vida con antifaz permanente, sin que la sociedad les hubiera conocido hasta que el tribunal de la Historia descargó sobre ellos fatal sentencia. Semejante á la religión en su pureza y respetabilidad ha tenido como ella sus mercaderes, sus prevaricadores y sus cismáticos, sus Luteros y sus Calvinos, aunque es verdad que si manos miserables usurparon del árbol científico cañas y frutos, no es ménos cierto que se sostiene y se acrecienta el tronco secular lealmente defendido por invencibles custodios, así como á pesar de los cismas desafía los tiempos y las borrascas sociales esa religión, siempre nueva, de diez y nueve siglos de existencia.

Tantos como plácemes y vitores merece el hombre pensador que con su constancia é inteligencia impulsa el progreso científico, tanto sarcasmo y menosprecio merece el embustero y usurpador de las verdades de la ciencia, que no teme, ahogando tal vez su conciencia misma, ceñirse falsos laureles.

Omitiremos las semblanzas de algunos desgraciados, de esos seres de clasificación indefinida que estando tan lejos del sentido común como del idiotismo, necesitan para su vida superficial de la adulación y de la lisonja, no de otro modo que el aire para respirar y el alimento para subsistir. Abrazados por temperamento á la ridícula vanidad, completamente desconocidos en la república de la ciencia, se forjan ilusiones encantadoras, no hay para ellos rival ni competidor sobre la faz del mundo, maldicen del Cesar y de Alejandro, son para su loco juicio más elocuentes que los Demóstenes y los Bossuet, y ¡ay del profesor, del amigo ó del conciudadano que no guarde para ellos un grano de adulación, que no arroje á sus piés alguna lisonja! porque los víctimas de pasión tan vil son enemigos implacables de la verdad austera.

Bien comprendemos que es la vanidad patrimonio de mucha gente, que no anida tan solo en la cabeza y en el corazón de la mujer, donde es muy perdonable, porque con algo ha de suplir la debilidad de su sexo; pero no deja de ser altamente repulsiva en el hombre que ostentando un título científico se presenta á la opinión pública como servidor y obrero de la inteligencia: la razón transige con el orgullo en el hombre de ciencia; pero no puede tolerar en él la vanidad repugnante.

Se presenta en los paseos públicos, acude presuroso á las sociedades elegantes afeminado militar, que en vez de fundar su gloria y su decoro en hechos heroicos del campo de batalla, fija solo su atención en los colores de su traje, en el ruido de sus espuelas, en el azahar de su pañuelo y en el brillo de su espada virgen. No apureis mucho el ingenio si quereis emitir decisivo fallo acerca de las condiciones de ese soldado: baila bien y hace reír á las damas con sus lijerezas femeniles; podeis asegurar desde luego que si la patria peligrara no hallará en el vanidoso bailarín un heroico defensor, no será él ni un Gonzalo de Córdoba, ni un émulo del primer Bonaparte.

Mal apóstol de la religión donde milita, predica á un pueblo dócil enfatuado sacerdote, que calumnia á la Historia, vulnera la Escritura, habla y maniobra

como energúmeno, rebusca palabras en su microscópica enciclopedia, y cuando en su delirante locuacidad ve que un pueblo le escucha atento, se cree un Massillon, un profeta, un semidios; y en concluyendo su extravagante peroración, es preciso que la adulación se acerque á él y le diga: "excelente; muy bien lo ha hecho usted." Librémonos de contradecirle, porque del fondo de su alma fulminará un rayo contra nosotros semejante á una maldición.

Muchos ejemplos de este género tenemos desgraciadamente entre nosotros: un filósofo del siglo actual, al condenar las extravagancias de algunos sabios de la antigüedad, que se cubrían con vestidos harapientos, que no cuidaban de sus cabellos ni de la limpieza de su cuerpo, exclamaba con razón: "¡Oh sabios! sabios! á través de vuestros harapos descubrió vuestra vanidad;" pero, á pesar de este apóstrofe, se encontró en la precisión de llamarles sabios. ¿Cómo llamaremos nosotros al insustancial literato, pedante insoportable, que con el yo en sus labios maltrata á Virgilio y á Homero, llama soñador pueril al Dante, plagiarlo á Camoëns, niega la existencia de Pelayo, la gloria de Colón, y en su afán de aparentar erudito discute contra las verdades incontrovertibles, no de otro modo que el extraviado navegante sigue extraños derroteros para arribar á inciertas playas? En este Zóilo murmurador pudiéramos sospechar un genio, cuando así se atreve á hombrear con los genios; pero no temais, jamás brotará de su pluma nada que se parezca á la Eneida ni á la Odisea, á la Divina Comedia ni á los Lusíadas; y cuando conoce, aunque tarde, que sus producciones no agradan á la conciencia pública, acaso no tiene inconveniente en exclamar: "esta generación no me comprende, apelo á la posteridad."

Muchos de nuestros lectores habrán hecho las observaciones que apuntamos, y muchas veces también habrán dejado asomar á sus labios una sonrisa lastimera ó despreciativa hácia semejantes seres, casi dignos de un asilo frenopático.

"No puedo con tantos pleitos, no tengo tregua ni descanso con tantas ocupaciones, —dice constantemente un petulante abogado;— mis defensas y mis escritos son respetados en los tribunales de justicia; es tal mi nombre y mi fama, que á donde quiera que voy la humanidad respetuosamente me saluda, cobro pingües honorarios, y si no hoy, más tarde es posible que la sociedad vea en mí un nuevo Licurgo ó un segundo Solón." Malo, muy malo es que el hombre tenga que hablar de sí mismo para dar á conocer al mundo sus proezas y sus virtudes, no pudiendo tener un Mecenas que le saque de la oscuridad en que vive; y aseguraremos sin temor de equivocarnos, que ese jurisculto, en cuyas palabras está perenne la alabanza propia, es un servidor inútil de la jurisprudencia.

Es muy cierto que la vanidad en el hombre profesional es, si así quiere comprenderse, una cualidad inocente que no trae consigo perjuicios de trascendencia, como tampoco los trae el que se vista un grajo con plumas de pavo real. Es muy cierto también, que el orgullo cuando excede á la talla de la dignidad, como hijo de pasiones reconcentradas, suele ser más criminal, más devastador y terrible, rechaza la adulación y la lisonja, y como aspira á la dominación absoluta, arrolla los obstáculos que se oponen á sus empresas, no temiendo tal vez dejar á su paso víctimas sin cuento para la consecución de sus triunfos.

Un escritor americano hace las semblanzas de dos médicos residentes en Washington personificando en uno la vanidad y en el otro el orgullo. El primero acudía solícito á todas las reuniones donde sus palabras, sus dictámenes y pensamientos fuesen admitidos y celebrados; el segundo se concretaba al

riguroso cumplimiento de su ministerio y eran sus reuniones en los círculos científicos, cuyos debates le producían hondos disgustos y grandes satisfacciones; el primero hablaba á todos de sus proezas profesionales, de sus buenas cualidades como hombre y como facultativo, adulaba á los próceres de la política y de la sociedad por una condecoración ó un título; el segundo no admitió jamás títulos ni condecoraciones, miraba á los potentados frente á frente, fundaba su porvenir en el mérito personal, en el trabajo, y cuando se le proponía alguna consulta científica con su desigual profesor, exclamaba con severidad y énfasis: "celebro consultas con médicos, pero no las celebro con juglares." La posteridad levantó monumentos y estatuas al hombre de orgullo por sus trabajos científicos y borró el nombre del vanidoso de la memoria de sus supervivientes.

Pero cumplamos con el fondo de nuestro tema que no tiene como objeto fundamental señalar esa pléyade más ó ménos funesta de hombres incapaces, de esos nuevos Narcisos que, ora enamorados de sí mismos por vanidad pueril, ora con el propósito de comerciar muchas veces con cálculos falaces, no pierden ocasión ni medio de hacer ostentaciones más dignas del orate manchego que de racional persona, y que al fin no logran otra cosa que el ridículo de sí mismos y, por desgracia, el de la profesión á que pertenecen. El orgullo puede ser más criminal, pero la misma iglesia acepta ántes para defensa suya sacerdotes perversos, pero inteligentes, que ridículos é incapaces.

Los verdaderos impostores de la verdad científica son otra clase de individuos de corazón más taimado y de inteligencia superior que, ya usurpando con red y caña, ya como piratas de alto bordo, roban en la oscuridad los pensamientos del grande hombre para vestirse de ajeno plumaje, ó firman obras póstumas de genios aventajados y hacen esclamar al poeta del Lacio: "yo hice estos versos, otro llevó los honores," y arrancan á Cervantes el himno inmortal de su sátira maestra, y presentan en la escena de la literatura española obras de aparente originalidad que podría reclamar con justicia desde lejano suelo su verdadero padre.

BERNABÉ LOREDO Y CUESTA.

(Continuará.)

ECOS Y RUMORES.

Nada tendría de particular que Vds. creyesen hallar al frente de estas líneas una invitación para algún banquete. Es la cuestión del momento en España, por más que no sea una cuestión nacional.

La prueba de esto último está en que, siendo esta la tierra de los garbanzos, los garbanzos están proscritos de esos banquetes cuya lista, titulada *menú*, proscribiera á su vez el idioma patrio.

Pero no, señores: no tengo ningún discurso que pronunciar ni plato alguno que ofrecer. Nuestro entretenimiento será á palo seco, según costumbre, aunque todos acariciemos la esperanza de gustar dentro de poco la *sopa boba*, servida á la puerta de algún convento por mano de algún lego más ó ménos entendido en achaques culinarios.

Todas las cosas caen del lado á que se inclinan y

ahora parece que se inclinan á la gran viscera y á la consabida sopa, en que no han de faltar *tropiezos*.

Si hemos sido *quijotes*, hora es de que seamos *panzas*.

Mucifuz y Zapiron serán nuestros maestros en punto á escrúpulos.

Comamos y toremos: *cras, moriemur*.

Nada de *debilidades*. Victor Hugo ha dicho que un estómago repleto causa en el hombre un efecto semejante al de una conciencia satisfecha.

A propósito del gran poeta.

París celebró estos días la aparición de otro libro suyo, de una preciosa obra de fantasía y de trascendencia escrita por aquel honorable anciano de ochenta años.

Titúlase *L'ane*, esto es, *El asno*; pero nadie diga que este asno es un animal.

Pastando un día por los alrededores de la Sorbona, antojósele franquear aquellas puertas por donde entran los sabios y los candidatos á la sabiduría; acercóse á las cátedras en que la ciencia oficia, y oyó la voz de los maestros que pretenden exponer las más altas verdades; prestó reflexiva atención á las discusiones sostenidas por los doctores; recorrió las extensas salas de las bibliotecas donde aparecen formados en compactas filas y frente á frente, como aguerridos ejércitos apercebidos á la lucha, los rugosos pergaminos, los panzudos infolios, los biliosos incunables y los frescos y fragantes volúmenes recién salidos de las prensas; y tras de atisbar y oír y examinar y meditar, el excelente asno concluye por hacer una mueca, que es casi una sarcástica sonrisa, y por encararse con el hombre diciéndole:

— "*Vanitas vanitatum*, hermano mío; mucho ruido y pocas nueces; no saber nada y saber lo que tú sabes, son primos hermanos; de lo que más importa es de lo que más ignoras; tú y yo estamos encerrados en la misma prisión, y lo más que haces tú es mirar por el ojo de la llave...."

Ahí tienen Vds. el argumento de *El Asno*.

Indudablemente que la ciencia sale coceada, pero cualquiera al leer el libro advertirá que las herraduras del asno son de oro y están fijadas con clavos de carbono puro.

El pesimismo del genio debe parecerles de perlas á los malos estudiantes.

* *

Muchos propietarios conozco yo á quienes importará un ardite la proclama del Asno aquel; pero hay para todos, y allá va una prueba.

Los colonos de Irlanda están llamando hoy la atención de Europa y tienen en un brete á los más grandes estadistas del reino unido. Es el caso que pretenden imponerse á los señores de las tierras y (y aquí entra lo grave) su pretensión, reforzada con todo género de argumentos, va á triunfar, sinó en todo, en gran parte.

La situación es gravísima y el gobierno inglés habrá de transigir con lo que los colonos llaman *las tres efes*, ó sea: la fijeza del colono, la determinación de la renta con su intervención y la facultad de vender las tierras que cultiven.

Esas *tres efes* deben parecerles tres bemoles á los demás terratenientes de Europa.

Supongo yo, no obstante, que *El Siglo futuro* no aprovechará la ocasión para tronar contra el liberalismo y el protestantismo y el parlamentarismo, que atentan contra la propiedad y la familia y las demás instituciones fundamentales ó, *si decimos*, piedras angulares de la sociedad.

¡El país del *self government* convertido en oficial granja-modelo del socialismo!

Verdaderamente que el asunto tiene que meditar.

La católica Irlanda no es un grano de anís: son 48.205 kilómetros cuadrados y más de 6.000.000 de habitantes.

Repito que no es un grano de anís. Pero es un grano que le ha salido á la propiedad territorial.



Ya que hoy de manera especial nos permitimos esta excursión por fuera del concejo, en vez de permanecer como otras veces agarbados á la sombra de nuestra vieja y gallarda torre, tentado estoy á meterme por Francia y hablar algo de los famosos decretos y sus consecuencias, ó por Alemania y echar mi cuarto á espadas en la cuestión anti-judáica, ó por las puertas de la misma Duleigno y discurrir sobre la política turca etc. etc.

Pero esto me llevaría muy lejos, y acaso no podría estar de vuelta para las clásicas fiestas de Navidad, que ya se acercan segun comienzan á anunciar con dulces y proféticas exhibiciones los escaparates de nuestras confiterías.

Además, ahora caigo en la cuenta de que algo ha ocurrido en Oviedo y algo se anuncia que merece mención, comenzando por *la caída* de un premio mayor de la lotería, siguiendo por la reunión celebrada en el Casino el penúltimo lunes y terminando por la preparación de un espectáculo extraordinario en el Liceo.

De aquel premio poco puedo decir. Soy yo moral hasta lo inverosímil en punto á juegos, y tan desgraciado en otras análogas cosas, que, caso de prevaricar alguna vez, tengo la seguridad de no aproximarme al número agraciado ni á doscientas leguas. Lo que sí desco es que el capricho de la suerte no venga á servir de nuevo incentivo para aumentar la lista de los aspirantes á potentados; que harta afición demuestran mis convecinos á echar su décimo en el sinnúmero de rifas y azares; que el paternal gobierno organiza y tolera.

De la reunión del Casino solo diré que comenzó muy tarde y no se vió tan concurrida como otras anteriores reuniones. ¿Por qué, oscureciendo tan temprano, han de esperar las niñas la hora en que de ordinario se acostarán para aparecer en los salones de la galante sociedad? Lo que mucho vale mucho cuesta; cierto. Pero yo quisiera verlas á ustedes sin verme en la precisión de trasnochar.

Del Liceo sépase que dentro de pocos días se cantará á las mil maravillas la bonita zarzuela *Jugar con fuego*.

Para este juego pienso tomar el billete entero.



Noticias diversas:

—La Compañía de los ferro-carriles de Asturias, Galicia y Leon ha anunciado la emisión de obligaciones destinadas á la terminación de las obras. Hay quien afirma que el resultado obtenido en el extranjero como en España (y aún en esta localidad) es hasta ahora muy satisfactorio; en lo cual y en el concurso celebrado para construir el famoso tunel de la Perruca, quiere verse un sintoma de mejora y una nueva fundada esperanza. Al tiempo.

—En sustitución del Sr. Iglesias, que pasó no más por el gobierno militar de esta provincia, se ha designado al brigadier D. Juan Gutierrez de la Cámara.

—El gobernador civil Sr. Aranda, con una solícitud y un celo honrosos, distribuyó entre las familias de las víctimas ocurridas en el Puente de Pilotuerto la suma recogida de la suscripción y que ascendió á unas 7586 pesetas. El mismo día en que se realizó este acto conmovedor, celebráronse en Tineo solemnes funerales por los muertos en la catástrofe. á los que asistió también el Sr. Aranda y en los que gratuitamente intervinieron casi todos los curas párrocos del concejo, segun leemos en nuestro apreciable colega *El Eco de Asturias*.

—Celebrado el concurso abierto por el municipio para el empréstito con que ha de construirse el nuevo Cementerio, se aceptó el pliego suscrito por D. Martin Gonzalez del Valle, quien, prestando un verdadero servicio á la localidad, toma todas las acciones con el 4,90 por 100 de interés.

—La prensa de Madrid se ha ocupado con elogio de la conferencia dada por nuestro muy distinguido amigo D. Manuel Pedregal en el Círculo de la Unión mercantil y que versó sobre "Campomanes y su tiempo."

—También hemos visto con gusto en nuestros colegas de la capital el favorable éxito que obtuvo la comedia titulada *La primera cura*, escrita por nuestro querido amigo y paisano Vital Aza en unión con el aplaudido Ramos Carrion.

—Leopoldo Alas y Armando Palacio, darán á luz dentro de poco en Madrid dos libros; cada uno el suyo. El del primero estará principalmente compuesto por estudios criticos y llevará un prólogo de D. José Echegaray. El del segundo será una novela con el título de *El Señorito Octavio*.

—El ilustre poeta Ruiz Aguilera, siempre afectuoso y agradecido, remitió desde Madrid varios ejemplares de sus obras, precedidos de amables dedicatorias, á las personas que durante su breve estancia en esta población procuraron ofrecerle merecidas pruebas de consideración y cariño. La fina atención de nuestro respetable amigo y colaborador es digna del mayor aprecio.

—Nuestro distinguido paisano D. Acisclo F. Vallín, Director del Instituto del Cardenal Cisneros, amante bien probado de la enseñanza pública, ha creado y sostendrá á sus expensas una cátedra de derecho en aquel centro para los alumnos sobresalientes.

—La Iconoteca de esta Universidad se ha aumentado ultimamente con los retratos del Sr. Casariego, fundador del Instituto de Tapia, y de D. Ramon María Suarez, hijo de esta Escuela que desempeñó importantes cargos públicos.

—*El Comercio* de Gijón tributa repetidos elogios á la compañía de declamación que actúa desde hace algun tiempo en los teatros de aquella importante villa.

—El 23 del corriente falleció el jóven D. Rafael Mey, inteligente secretario de la Sucursal del Banco de España en Oviedo. También falleció en Palma de Mallorca recientemente el coronel de infantería D. Juan Olay Valdes, nuestro estimado paisano.

—Se están realizando con toda la posible actividad los trabajos preparatorios para acometer en debida forma las importantes obras de la ría de Aviles, cuya dirección está encomendada á nuestro querido compañero D. Lino J. Palacio.

SALADINO.